

EN LOS LABIOS
LA CELADA

A LA LUZ DE BOTTICELLI

Golpea a coletazos
sobre la superficie
dorada

tal vez coquetería desmedida
tal vez advertencia al temerario
acróbata del salto mortal

lustrosa y refulgente
habrá de darse
abriendo las tapas
de la enorme ostra
desafiando al espejo
que atraparé su imagen
para sacarla de tan oscura madre

va a contemplarla
el gesticulador
a contemplar los bucles en descenso
hacia el rostro iluminado
hacia el cuello hacia los senos
y en la lengua de uva
y en los ojos almibarados
su perversión.

CACERÍA

I

En el sueño te atrapo,
solo en el sueño.
Me disfrazo y
me tiendo entre las zarzas.

Mis ojos ya gozan la avaricia
de contenerte, arrancarte
del juego.

¿Pero quién pone al cabo
el cepo y la celada?
Manso posa el venado
dándose en don
a tu aleve flecha.

Tú corres con tus huestes
y pasas sin volverte.
Ríes a mis espaldas.
¿De mí? ¿De ese venado?
¿Del sueño de que escapas?

2

Miraré mi rostro en las aguas dormidas.
Junto al cuerno de luna, ese cacharro.
Al fondo, rastros de sangre.

La sombra, a mis espaldas,
una burla. Bajo los árboles
se enmascara. Ridículo, beberé.
No el vino sino luz helada.

3

El verso es arco que se tensa
sin flecha que partir pudiera
hacia tu pensamiento oculto,
hacia tu voluntad tan lerda
para mí.

Acaso
no exista el verso que te acose,
que te circunde y cerque
y te conmueva al fin,

pero tal vez exista
el verso o el gramo de silencio
que te pudiese herir.

Y si parodio plegarias y epitafios
es por buscarlo entre los restos

y el enojoso reto que me lanzas
sin pronunciar siquiera una palabra.

MI MIRADA VAGABUNDEA...

Mi mirada vagabundea por tus largos dedos extendidos.
No reposa, naufraga. Se hunde en tus ojos.
Se vuelve ávida, quiere cada detalle.
Párpados, labios, el océano infinito de los hoyos,
bosques de luz entre las grietas.
Hurta en el vello sombras pequeñas,
señuelos de imperfección en el piélago perfecto.
Fluye mi mirada codiciosa. Te quiere entera,
trepas y desciende cada colina,
por la planicie de tu vientre, por su cráter,
hurgando entre tus muslos haraganea mi mirada,
se solaza en tus esferas,
te exige aparecer y orgullosa
exhibes tus encantos. Mi mirada cae en ti.
Una cascada.
Debo adorar al sol que se entrega,
la noche dándose, el don junto a la lumbre,
desnuda, alegre, inabarcable.

MEMORIAL

Mi mujer es distancia
que la caricia acorta
y el lecho desvanece.

Abrazados los dos somos un nudo:
esos ojos no ven sino lo próximo
el polvo de la luz en otros ojos,
y los oídos prestos al chasquido,
el fragor de una piel contra otra piel.

Mi mujer es cercana
y yo — lo que sobra de mí —
se pierde en ella.

El lazo se deshace,
recogemos las ropas,
nos calzamos,
volvemos a los cuerpos diferentes.
Yo miro hacia las nubes amarillas,
los coches, la gente, y ella fuma.
Esconde el rostro entre volutas.
Luego escapamos por desigual memoria.

Las calles ahondan la distancia
y mi mujer es ya lejana huella:
oquedad en mi hombro,
escozor en mi sexo,
frágil estrella nova
que la evoca.

Mi mujer se enmascara:
es una canción,
es una sombra.

Camino desde el lecho a la butaca,
vengo a la cocina, enciendo la luz,
hiervo agua en una olla
y vuelvo tras mis pasos
a la butaca y después al lecho.

Son malos tiempos.
Llueve y a causa de la artritis
sufren mis huesos.
Hay mucho polvo en casa.
Barbado y en pantuflas la recorro
del un extremo al otro.

No soy un héroe,
no nací para serlo.
Persigo por la casa una mosca
con una mueca y tal vez con miedo.
Miro al jardín y luego hacia las nubes.

Más tarde empiezo a destapar conservas,
despilfarro mi acre sarcasmo abriendo latas
y aunque afuera maduran los higos
comeré salchicha y fruta seca.

Miro la taza única,
el único pan sobre la mesa,
el café muy negro.
Mordisqueo un trozo,
la silla cruje
y no hay más movimiento
que mi balanceo,
ni otro ruido.
¿Y qué diré?
¿Con quién conversaré?

¡Óyeme gato! — ¿pero qué gato?
Era tu risa la que llamé un día
“felina insensatez”.

Están aquí el pan, la taza, el café,
una ventana abierta que da al jardín
y en él la higuera y allá las nubes.
Adentro está mi cuerpo en bata y en pantuflas,
dentro del cuerpo el hígado maltrecho,
unos huesos crujientes,
los pulmones en duelo
y tanto humo tragado
y mucho más sin duda.

Pero si bambolea la puerta
es que la empuja el viento.

Aquí no hay gato encerrado,
es el aire es el aire es el aire.

Cuerpo evocado es cuerpo de niebla,
ruina guardada en un simulacro.
¿Y tu piel? ¿Dónde se extiende?
¿Dentro de mí? ¿Cómo te albergo?
Solo es zozobra.

Porque a ti no vuelva
turbia maledicencia entretejes,
hidra en los fosos, cancerberos
celosos dejás que me aguarden.

En la primera alcoba
un cementerio de discos y cacharros,
entre trastos y trapos las epístolas,
restos diversos, indiferentes.

Y lo que es mucho peor:
ceguera, sordera, mutismo
para que a ti no lleguen
estos versos.

Al verso añado bilis y curare
y como tú no accedes ni a mirarlo
al fin yo mismo me enveneno
y así se trueca el canto que celebra
pasado amor en hoy pesada piedra.

Al marcharte
heredo tus jarrones,
flores que se marchitan
y se cubren de polvo,
gallinas de cerámica que en repisas
pierden su color y sus encantos,
una caja con lanas,

diversa utilería
en los armarios.

Viudo de ti
descubro los objetos.
Me sobran, me interrogan, me fastidian
y por su causa vuelvo
a oscuros negocios con la metafísica.

¿Qué son las cosas para las manos que las pone?
¿Cómo crean al ojo sus confusiones?
Piden un nombre como una caricia,
un destino te invocan
desde el silencio.

El hedonismo nada tiene que ver con el cascote
y si alguna ética cabe será que el estoico
se acerque hasta el desecho y lo arroje
hacia algún lugar inaccesible.

La economía política tal vez empiece
más allá del efímero artefacto,
en la fábrica, en la tienda, en la canasta.
¿Pero qué queda de la cosa en su desuso?
¿En su masa agobiante aquí en la casa?

¿Que el instrumento prolonga al cuerpo?
¿Que el tirabuzón alarga a mi garra?
¿Y tantas sillas para unas posaderas?
¡Voto al diablo!

Un no-bien entre los bienes,
viudo me quedo
y en mi viudez me encierro
por unos días,
y me escarnezo
y me enternezco.

Lo que me hace viudo
son los objetos.
Demasiado objeto
y demasiado espacio.

¡Qué extensa eras tú!

Ahora veo que te has ido
solo en parte
y descubro el ardid que has urdido.

Lo demás tendré que hacerlo por mí mismo,
echarte de una vez,
limpiar la casa.

Conocía una parte de tu cuerpo,
boca, axila, sexo, piernas, la cabeza.
Pero estos otros ornamentos,
tu cultura doméstica,
tu oculta feria
expandiéndose de ti
en los objetos,
creía no verlos ni saberlos.

¡Cómo prosigues aquí en la casa.
En lo que a mi pesar
heredo.